

La mirada en el espejo

Norma Irene Varela Moreno
Chihuahua

En mayo de 2012, cuando por casualidad tropecé en internet con la convocatoria “La crisis global y yo”, inmediatamente llamó mi atención; primero, porque está dirigida exclusivamente al sexo femenino, y en segundo, porque en ella se invita a escribir textos autobiográficos. Leí el nombre con especial detenimiento y observé un buen rato la ilustración; luego me vino a la mente la idea de que la mujer delineada en el tríptico era una alta ejecutiva, alguien de mundo que sabía de la bolsa de valores o del mundo de los negocios. Consideré, entonces, que yo no tenía absolutamente nada que ver con ese tema. No poseo experiencia personal sobre la crisis global, no manejo cuentas de inversión, desconozco de importaciones y exportaciones, no tengo conocimiento administrativo, de mercadotecnia ni de negocios y, finalmente, concluí que no era la persona indicada para atender al llamado.

Pretendí no darle mayor importancia, pero al cabo de unos días me seguía rondando por la cabeza saber más acerca de dicha convocatoria, por lo que tuve a bien acercarme a las oficinas de DEMAC,¹ aquí en la ciudad de Chihuahua, y solicitar mayor información. Al cabo de un buen rato, salí de ahí llevando conmigo, además de lo que buscaba, un catálogo de publicaciones en el que venían varios títulos y la sinopsis de sus libros. Cuando lo leí, quedé encantada. Las autoras, con su sola presentación, verdaderamente me cautivaron, y además me atraparon con sus conmovedoras historias. “¡Quiero leerlos todos! —pensé—, y también quiero escribir, ¡tengo ganas de escribir!” Es aquí donde surge el verdadero problema, el cual se concreta en una sola palabra entre signos de

¹ Documentación y Estudios de Mujeres, A. C. Es una organización mexicana sin fines de lucro cuya misión es promover y difundir la escritura autobiográfica de las mujeres como medio de desarrollo y empoderamiento.

interrogación: ¿qué? Qué puedo narrar de mi vida si no soy una mujer excepcional, ni siquiera destacada, si no he ganado ningún premio, no tengo un gran puesto, no viví una niñez desgarradora, no tengo una fundación ni ayudo a los demás, no he hecho nada por mi comunidad, no tengo una brillante carrera, no soy una beldad y no he inventado nada. Soy una mujer común, con problemas comunes de mamá, esposa y ama de casa que, al igual que muchas, sale a trabajar para ejercer su profesión y, como tantas otras, además... también estudia. ¿Qué puedo contar de mi vida que resulte interesante?

Empecé reconstruyendo fragmentos de mi fútil existencia; fui primero a las vivencias perpetuadas en mi memoria, aquellas en las que mis sentidos todavía evocaban el pasado, reminiscencias de mi infancia; pasé de sólo observar fotografías mentales como simple espectadora, a interactuar en diversas escenas con personajes de mi pasado. Dedicué horas sin descanso a escribir a renglón seguido todo aquello que podía recuperar de mis recuerdos; luego, estuve otros periodos con la mirada perdida en retrospectiva, escarbando, buscando, escudriñando en lo más profundo de mi ser y, créanme, poco a poco empecé a identificarme con aquella silueta de mujer delineada en la ilustración de la convocatoria. Nuevamente leí el título del tema: "La crisis global y yo". No es que me hubiera convertido en la ejecutiva que en un primer momento creí que representaba la imagen; ése fue sólo un error de percepción superficial. La verdad es que las mujeres comunes, con familias y problemas comunes, nos codeamos todos los días con la crisis global en cualquier lado: en la casa, en el súper, la gasolinera, el banco, las escuelas, en la calle y hasta en la cocina, porque no hay quien estando bajo la tormenta, no se moje. Todas somos la persona ideal para acudir al llamado y participar en la convocatoria, todas podemos contar algo de nuestra vida que resulte interesante.

LA MIRADA EN EL ESPEJO

CRISIS: PELIGRO Y OPORTUNIDAD

La resiliencia es la capacidad que posee el individuo frente a las adversidades, para mantenerse en pie de lucha, con dosis de perseverancia, tenacidad, actitud positiva y acciones, que permiten avanzar en contra de la corriente y superarla.

E. Chávez y E. Yturralde, 2006.

Corría el mes de agosto de 2001. Aunque hoy no logro precisar el día exacto, sí recuerdo claramente lo que sentí en aquel momento. Durante un trayecto aproximado de veinte minutos —de mi casa, ubicada muy cerca de la hermosa casona conocida como “la Quinta Carolina”, al edificio Héroes de la Reforma—, mi mente no dejaba de cavilar dándole vueltas al asunto. Indiscutiblemente, no dudaba de lo que tenía que hacer, pero cabía una gran posibilidad de que la decisión ya tomada fuera un error y las consecuencias resultaran mucho peores que el problema. Al bajarme del auto y dirigirme a la oficina de finanzas del Gobierno del Estado de Chihuahua me temblaban las piernas y se me cortaba el aliento. Quien se hubiese percatado de los nervios que sentía, podría haber asegurado, sin temor a equivocarse, que yo iba a asaltar un banco. Antes de abrir la puerta de la oficina, respiré profundamente, solté el aire por la boca y, en tres segundos, sin darme cuenta, ya estaba adentro. En el interior no había gente esperando ser atendida y de inmediato fui recibida por una de las secretarías.

Concretamente le expresé a la señorita mi deseo de solicitar la suspensión del descuento del crédito hipotecario vía nómina; luego, irracionalmente, agregué una justificación que jamás me pidió. Le dije que yo acudiría mensualmente a la sucursal bancaria a hacer el respectivo depósito. En ese momento sentí la traición del subconsciente y se me subieron los colores a la cara, ¡qué vergüenza! No quería que pensara que ya no iba a pagar —lo cual era cierto—, pero de todas formas no deseaba que lo pensara. En realidad fue una explicación innecesaria, pues aquel asunto no era de su incumbencia. Ella, amable pero notablemente indiferente a mi reacción —como al pan diario de cada día—, me indicó que llenara unas formas y agregara una copia de mi talón de cheque. Llené las formas, las firmé, agregué la copia que fui a sacar a la papelería y las entregué. Tomó las hojas, las engrapó y dijo: “Eso es todo, maestra. En una o dos quincenas dejará de aparecer el respectivo descuento”. Salí de ahí repitiendo en voz baja sus últimas palabras: “Eso es todo”. ¿Eso era todo? Definitivamente no para mí; eso era sólo el principio.

Sabemos ahora por economistas e historiadores que la crisis económica de México de 1994 se inició en nuestro país y tuvo repercusiones mundiales. Según estudios de expertos, la provocó la falta de reservas internacionales, lo que causó la devaluación del peso mexicano durante los primeros días de la presidencia de Ernesto Zedillo. Las repercusiones sociales que tuvo esta crisis fueron incalculables; se tradujeron en pérdidas económicas para las familias. Muchos se quedaron sin sus casas y autos que habían adquirido en contratos con tasa de interés variable, pues su deuda se tornó impagable.

Mientras el mundo entero se congratulaba pleno de esperanza con la llegada del nuevo milenio, yo, a los treinta y un años, con dos hijos pequeños y sumergida en la consternación de un matrimonio que no funcionaba, estaba en un momento crítico de mi vida sentimental y económica en el que forzosamente tenía que

tomar decisiones y hacer cambios para salir adelante. Mi marido no tenía trabajo de nuevo y pagábamos —más bien, yo pagaba vía nómina— un crédito hipotecario con tasa variable que me estaba absorbiendo la mitad de mi salario.

Unos años antes, en septiembre de 1995, cuando estaba a punto de firmar el contrato para el crédito hipotecario, mi padre —quien también fungió como aval— me dijo muy en serio que estaba a punto de cometer una locura. Trató de convencerme argumentando que treinta años eran muchos para un crédito y que, además, siempre estaría subiendo la deuda. Aún recuerdo su expresión, entre incrédula y perturbada: “¡Treinta años! ¿Te das cuenta? Vas a trabajar tus veintiocho años de servicio, y ya jubilada, todavía vas a estar pagando la casa, y como es esto de los créditos, sabrá Dios si algún día terminarás de pagarla”. ¡Qué dramático!, pensé (por supuesto, no se lo dije, pero claro que lo pensé). Para tranquilizarlo le comenté: “No hay de qué preocuparse, lo que usted no sabe es que en este mismo contrato claramente dice que al término de ese plazo, en caso de no haber liquidado la totalidad de la deuda, ésta será condonada, y yo pasaré a ser la feliz propietaria de mi casa. Así que no hay problema”. ¿De qué podría preocuparse mi padre? El cobro sería por nómina. La mensualidad me la iban a dividir en dos quincenas para no sentir tanto el descuento. Yo tenía un trabajo seguro y no ponía en duda que mi esposo pronto se encargaría de solventar los demás gastos. Estaba segura de que se acomodaría en un buen puesto, tal y como corresponde a un profesionista titulado con su excelente historial académico. ¡Oh!, bendita ingenuidad. Yo en ese entonces todavía vivía de cándidas ilusiones de joven inexperta, y reaccioné como los hijos ante los sabios consejos de los padres: no lo escuché y me importó un soberano cacahuate su opinión. Firmé muy contenta y a él casi le dio un infarto.

Estuve pagando invariablemente el crédito hipotecario por aproximadamente seis años, años difíciles de devaluación y crisis no sólo para mí, sino para miles de familias mexicanas que estaban

en la misma situación. Por una u otra razón me fui enterando de diversas estrategias que otras personas habían implementado para hacer frente a la crisis sin perder su patrimonio. Una de ellas era que, con el asesoramiento de un abogado, varios vecinos de un mismo fraccionamiento se unieron para dejar de pagar el crédito. El licenciado les solicitaba una mensualidad mínima para poderlos proteger con un amparo en el momento en que el banco quisiera embargar su vivienda. Así duraron años. El banco mandaba requerimientos de pago, la deuda crecía y el licenciado cobraba, pero no había solución. Otras familias, que habían pagado una cantidad mínima de mensualidades, prefirieron abandonar sus casas y quitarse un problema y una deuda que con el paso del tiempo sería impagable. Asimismo, también había quienes se quedaron en su casa sin pagar el crédito y sin pagar renta, conscientes de que llegaría el momento en que se les pediría desalojar la casa, así por lo menos ya habían desquitado un poco de lo que habían pagado. La verdad, ¡qué difícil! ¡Qué angustia! Yo me preguntaba cómo podían dormir sin pagar, ¿qué van a hacer el día que los desalojen? Siempre pensé que yo no haría eso, quería mi casa y batallando, o como fuera, seguiría pagando, pues por ningún motivo deseaba exponer a mis hijos a quedarnos sin nada y, además, estaba educada a cumplir todo compromiso adquirido de cualquier tipo, incluyendo y especialmente el de carácter económico. Sentía no sólo una obligación financiera, sino también un compromiso moral con mi familia.

Mi primer descuento de nómina fue en septiembre de 1995. Pagaba puntualmente a pesar de los desmesurados aumentos de la mensualidad. Si bien era cierto que había algunos estímulos por buen pago y reajustes, también lo era que cada vez más rápido se incrementaba el descuento, así como la deuda. Pagaba y pagaba y no le hacía ni cosquillas al total del préstamo, cada día debía más. De noventa y siete mil pesos que originalmente me prestaron, al cabo de seis años ya les debía casi cuatrocientos mil,

el cuatrocientos por ciento más. ¡Qué locura! Me daba de topes. Bien me lo dijo mi padre y no lo escuché.

Los niños crecían y necesitaban alimento, ropa, calzado, escuela y todas esas cosas. Con lo que me quedaba del cheque después del descuento del crédito hipotecario, apenas me alcanzaba o no me alcanzaba. Aunado a ello, para acabarla de amolar, siempre estaba pagando algún préstamo personal. Entonces fue cuando tomé una decisión: iría al banco a negociar la deuda. Estaba segura de que teniendo los pagos al corriente podría llegar a un buen acuerdo, y aunque de momento no tenía ni un quinto en la bolsa, no dudaba de que conseguiría el dinero para liquidar de una vez por todas. Fui a una sucursal cualquiera y de ahí me mandaron a las oficinas correspondientes que se dedicaban exclusivamente a asuntos de hipotecas. Llevaba conmigo mi contrato del banco, los cheques en los que se veían reflejados los descuentos, los últimos estados de cuenta que llegaron a mi casa, en fin, todo lo que creía necesario para comprobar cargos y descuentos. Después de esperar casi dos horas a que me atendieran, así como entré, salí. Me dijeron que no era posible hacer ningún tipo de negociación porque yo estaba al corriente con los pagos, lo cual se me hizo de lo más estúpido; sin embargo, ésa era la política del banco, y no conformes con ello, me dieron un número telefónico para que me comunicara con la matriz en caso de que tuviera alguna duda. Sentí una patada en el trasero y salí de la oficina con un hueco en el estómago. Al llegar a mi casa, inmediatamente llamé para ver si podía obtener una mejor solución, pero fue aún más estúpida la respuesta que me dieron desde México. En caso de querer pagar de contado, tendría que pagar todo lo que se adeudaba o podía abonar al capital cualquier cantidad que yo quisiera para amortiguar los intereses. Pensé: ¡de verdad que están locos, pero estoy más loca yo por seguirles pagando!

Definitivamente iba a hacer algo, y si la única forma de negociar con ellos era dejar de pagarles, pues ya no les pagaría. Bueno,

al menos por lo pronto; pero... ¿cómo? Tenía que idear un plan emergente. No sería sólo una omisión de pago sin sentido, pues mi intención no era quedarme sin casa. Primero investigué cómo podía solicitar que ya no me hicieran el descuento por nómina, y lo hice; luego abrí una cuenta, no con el mismo banco por aquello de los cobros a la moda china. En esa cuenta depositaba cada quincena más o menos la cantidad que estaba pagando al crédito, pero cuando recibía algún dinero extra, igual lo ahorrraba tratando de ajustarme a lo que me llegaba de manera regular. También guardé algunos aguinaldos casi completos.

Ya estaba sola. Mi marido, que luego se convirtió en ex marido, primero se fue de la casa voluntariamente a fuerzas por una orden legal, y más adelante tomó la decisión legítimamente facultativa de desaparecer un rato de nuestras vidas. No niego que estábamos algo limitados, pero mis hijos aún eran pequeños y nada exigentes, y eso, no cabe duda, me ayudaba mucho. Para no desesperarme, me daba palmaditas en la espalda: "Vamos, hasta ahora lo has hecho bien. Es por un tiempo, después vamos a estar mejor. Es un sacrificio que bien vale la pena". Aun con esas autolavadas de cerebro, algunas veces me sentía muy abrumada y me comía las uñas. Lo peor fue cuando empezaron a llegarme los requerimientos de pago. Había noches en que no dormía, nada más pensando tonterías. Veía a cuánto iba ascendiendo la deuda y me daba miedo. Le pedía a Dios que me diera fuerzas para no echarme para atrás e ir corriendo a depositarles el dinero que, con tanto sacrificio, habíamos ahorrado. (La verdad, nunca me pasó por la mente contratar a un abogado. Tal vez sería que, por experiencia ajena, no les tenía mucha confianza; no sé.) ¿Cuánto hubiera podido aguantar esa angustia? Confieso que sólo por orgullo y por hacerme la valiente, nunca le dije nada a nadie, pero algunas veces lloré pensando que había tomado otra mala decisión en mi vida. Otro error que se sumaba a todos aquellos que ya estaba cargando.

Si pagar el crédito puntualmente y sobrevivir cada quincena con la mitad de mi sueldo era una situación difícil, fue peor después de suspender el pago; primero, porque emocionalmente me sentí vulnerable, pues queriéndolo o no, estar al corriente y cumplir con el compromiso adquirido me daba seguridad, y en segundo lugar, a veces la culpa se me cargaba: voluntariamente estaba restringiendo mis gastos y los de los niños. Era difícil decir: "No hay dinero para esto, no hay dinero para lo otro", sabiendo que lo tenía en el banco. No niego que llegué a tener momentos de angustia y desesperación, pero también otros muy optimistas. Yo sola me convencía de que estaba haciendo lo correcto, me decía a mí misma: "Aguanta, la restricción no va a ser eterna".

En estas penurias pasaron tres años. Cuando por fin creí que ya tenía algo de capital con que negociar, me acerqué nuevamente al banco. Ahí me proporcionaron otros números telefónicos, pues mi caso ya no lo tenían ellos, ya estaba en el Buró de crédito y en una agencia de cobranza. Hice la respectiva llamada. Como era de esperarse, igual que la primera vez, primero me pedían que cubriera todo el adeudo, mismo que ya andaba rozando el medio millón de pesos. Por supuesto, firmemente les hice saber que no lo tenía y que, aunque lo tuviera, no les iba a pagar ese monto. Les ofrecí ciento veinte mil pesos, cantidad que estimé al hacer comparaciones de casas equiparables con la mía en construcción y terreno, las cuales ya habían sido liquidadas con cantidades aproximadas. Claro que no me dieron respuesta de inmediato. Solicitaron que volviera a contactarlos una semana después. La verdad es que tuve que hacer varias llamadas más, y después de algunos meses, respondieron a mi oferta solicitándome doscientos mil pesos. Nuevamente se me hizo una suma excesiva; además no la tenía. Les ofrecí ciento cincuenta mil, y al cabo de unos días, el acuerdo se firmó por ciento cincuenta y un mil pesos. Yo estaba feliz, ¡podía juntar ese dinero! Ya estaba cerca el siguiente aguinaldo y, con un préstamo a corto plazo, liquidaría el faltante. En cuanto tuve el

dinero en mis manos, y antes de que cambiaran de opinión, acudí al banco e hice el pago correspondiente. Luego me mandaron a una notaría y fue sólo cuestión de firmar algunos papeles y ¡listo! A finales de 2004 quedó libre la hipoteca (obviamente también hubo que pagar el costo de esos trámites, que por cierto no son nada baratos). ¡Gracias Dios! ¡Qué alegría, tenía una casa! ¡Mis hijos tenían su casa! ¡Nadie nos iba a embargar nunca! No podía creerlo, ¡lo había hecho! Por fin había pagado la hipoteca y en un plazo mucho menor del que me hubiera imaginado. Ya era la feliz propietaria de mi casa y me sentía muy, pero muy orgullosa de mí. Lástima que mi padre no vivió lo suficiente para saberlo, porque estoy segura de que él también estaría muy orgulloso de su hija.

EL EJEMPLO

Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida. Ésos son los imprescindibles.

Bertolt Brecht

Yo comulgo con la idea de que no hay soluciones mágicas para emerger de una crisis y que, al enfrentarla trabajando, tenemos mayores posibilidades de salir adelante. Este pensamiento no lo acabo de idear, lo sé, lo viví, lo aprendí de los mejores.

No puedo negar que viví una infancia feliz, de muchos juegos y pocos juguetes; inocencia de bote volado, liguero, encantados, stop, el avión, los hoyitos, las escondidas, etc. En realidad no era muy consciente de las carencias que padecía, de los apuros de mis padres ni de las condiciones a las que estuve expuesta en el barrio. Sabía que no teníamos dinero, pero qué más daba, ahí nadie lo tenía. En mi juventud vi otras formas de vida, pero ya había aprendido a valorar la mía y nunca me he sentido mal ni tampoco menos; al contrario, estoy muy orgullosa de haber vivido en esa casa parchada, de haber sobrevivido al barrio y su contexto y, aunque ciertamente pasamos muchas limitaciones, reconozco que también tuve gratas experiencias. De la misma manera estoy muy orgullosa de mis padres, porque ellos nos dieron la oportunidad de aprender con su ejemplo.

No sé si cuando era niña, por la década de 1970, existía una crisis global o no. Lo que sí me consta es que las familias que vivíamos

en el barrio y puntos circunvecinos nos encontrábamos en una tremenda y total crisis económica y social. Digo con pesar que, desgraciadamente, no todos salimos bien librados de ella. Hubo quienes se quedaron en el intento y otros tantos que ni siquiera lo intentaron. Para mis hermanas, para mi hermano y para mí, mis padres fueron la punta de lanza que nos indicó el camino.

Antes de empezar a describir dónde viví la primera mitad de mi existencia, años transcurridos más o menos entre el estreno del *El planeta de los simios* (la primera versión) y el espectacular film *E.T.*, me gustaría mencionar, por lo menos a grandes rasgos, quiénes vivíamos en casa. Primeramente, mi padre, Ezequiel Varela, mejor conocido como don Cheque, y doña Irene, mi madre; sus cinco hijos: Lucy, Mary, Norma, Chayo y César. Por cierto, yo soy la de en medio. Un tiempo, también vivió con nosotros mi abuelo materno; en otra época, mis abuelos paternos, y así por el estilo, uno que otro de mis primos, algún familiar o alguien que quisiera estudiar en Chihuahua y no tuviera dónde quedarse.

La verdad, nunca supe cómo se las arreglaron mis padres para atraer, tener y, supongo, mantener más gente en casa si a duras penas cabíamos, y sin contar que siempre tuvimos uno o dos perros, uno o dos gatos y otros tantos animales de estancia pasajera: hámster, pollos, conejos, pájaros, una chiva y hasta un cerdo. Eso no es todo. Nosotras, no conformes con ello, a veces invitábamos a alguna amiga a quedarse a dormir por una noche. Cabe mencionar que la casa no era muy grande ni tenía muchas comodidades, ni siquiera puedo decir que tuviera algunas, era una casa muy, pero muy sencilla que, indiscutiblemente, cumplía con lo mínimo indispensable para no definirse como paupérrima, pero, eso sí, siempre estaba limpia, había qué comer, por lo menos frijoles, chile y tortillas hechas en casa, riquísimas, de harina y de maíz, y siempre tenía las puertas abiertas para quien quisiera quedarse en ella.

En 1965, mis padres, procedentes del municipio de Delicias, Chihuahua, al llegar a esta ciudad capital con unos escasos pesos

en la bolsa y la mayor de mis hermanas en los brazos, rentaron una pequeña casa. Al poco tiempo compraron un terreno en la periferia, predio ubicado al final de un estrecho callejón sin pavimento, donde abundaban las piedras y la tierra, y rodeado de lotes baldíos convertidos en basureros en los que crecían quelites y gatuños a la par que insectos y ratones. Este terreno estaba ubicado en las faldas de uno de los cerros más conocidos por su constante aparición en la nota roja, en el barrio de Londres. Temible barrio que, desde entonces, ya estaba plagado de malandrines y mari-guanos. Ahí vivía mucha gente menesterosa, y no es que nosotros no lo fuéramos, pero realmente había familias que subsistían en estados deplorables, y no hablo sólo de su realidad económica, sino porque padecían otras situaciones más críticas que, gracias a Dios, nosotros no sufrimos.

Mi padre, con ayuda de mi abuelo materno en un principio, luego con el servicio de un compadre, y posteriormente solo, fue levantando poco a poco cada una de las paredes que conformaron nuestra casa. Mezcló el cemento con sudor y sangre y dejó su huella en cada ladrillo, bloc y piedra que colocó. Él le dedicó a esa casa largas horas de faena, utilizando innumerables días de descanso y un sinfín de periodos vacacionales. Indudablemente, reconozco que requirió de un gran esfuerzo y mucha voluntad, porque primero dejó su juventud en ella antes de mirarla terminada. Así como dejó su juventud, intencionalmente o no, igual nos dejó a todos —y hablo también por mis primos, que se lo han agradecido—, un gran ejemplo de vida, porque todos crecimos viendo, viviendo y sabiendo que, para lograr algo, hay que trabajar duro, esforzándose sin renunciar ante el primer obstáculo. Yo admiré y orgullosamente amé a ese hombre, tanto como sus enseñanzas.

Pasaron muchos años, muchas quincenas y aguinaldos, y aquel perseverante hombre siempre estaba como hormiguita, haciéndole algo a la casa. En esas condiciones, como es de suponerse, la casa se veía parchada; unos cuartos eran de ladrillo, otros de bloc, unos

pisos de cerámica de un color y otros de otro. Incluso, uno de los cuartos tenía sólo el cemento pulido. Unas ventanas eran de fierro, otras de madera; unos techos de loza, otros de lámina, etc. Por fuera la casa estaba en mezcla, pintada y repintada, durante todos los años que recuerdo, de color amarillo. Al frente tenía un pequeño porche techado y, a un lado, un diminuto jardín. Yo desde siempre y hasta ahora, he pensado que en verdad se veía bonita. Claro que comparada con el paisaje que la envolvía, por supuesto que era físicamente agraciada.

¡Qué risa! Algunas vecinas hacían comentarios que daban a entender que nosotros teníamos dinero; incluso me llegaron a decir mis amiguitas que éramos ricos. ¡Qué ironía!, créanme que había personas en el barrio que ganaban un poco más que el mínimo sueldo que ganaba mi padre como elevadorista del IMSS, pero la diferencia estaba en que él era muy trabajador y un buen administrador. Por otra parte, afortunadamente no llevaba consigo los vicios que afectaban a muchos de los hombres que por ahí vivían y que, lamentablemente, no sólo los empujaba a ellos al infortunio, sino que también arrastraba a sus familias.

Algunas veces mi papá la hacía de albañil, así que se aventaba sus "liebritas" para ganarse un dinerito extra. En casa hacía de todo: albañil, zapatero, fontanero, yesero, tapicero, pintor de brocha gorda; arreglaba la plancha, la licuadora, la lavadora y todo lo que se descomponía, incluso cuando requeríamos de algo especial para la escuela, nos ayudaba, por ejemplo con una maqueta o algo de madera. También le hacía a la mecánica. Tenía un carro tan viejo y traqueteado que a cada rato se le descomponía, cuando no era una cosa era otra, y ahí estaba don Cheque metido abajo o zambutido en el motor buscando qué hacerle. Quiero decirles que mi papá no siempre trabajaba solo, ahí tenía a sus buenas chalanas. Y digo chalanas porque mi hermano César, el pilón, nació muchos años después.

Cuando yo tenía unos diez años, él era apenas un bebé. No le tocó lo mero bueno de la construcción, aunque años más adelante

fue a él a quien le tocó cuidar a mis padres (pero ésa, es otra historia). Y ahí andábamos, siguiendo las instrucciones del “jefe”: “Acarréenme esa arena, junten esas piedras, pásenme los ladrillos, traigan ese bote con agua, píntenle ahí, pónganle allá, detengan esta tabla”, etc. Confieso que no siempre estábamos con la mejor disposición de ayudar, pero mi papá no nos tomaba opinión, así que había que entrarle al toro por los cuernos, y más valía hacerlo bien, porque de todas formas lo íbamos a hacer, y si renegábamos, nos regañaba y nos iba peor. Todo fue parte de crecer, de aprender, de formarse. Estoy segura de que ayudar a mi padre me hizo fuerte y, hoy en día, no me asusta acarrear arena, juntar piedras o cargar ladrillos y, si se necesita, no me hago para atrás, le sigo entrando al toro por los cuernos.

No sólo mi padre trabajaba con ahínco. Mi madre, doña Irene, también marchaba al compás del mismo ritmo. La diferencia era que ella lo hacía en el interior de la casa y en el frente, frente que todos los benditos días por la mañana rociaba con agua y barría con tanto tesón, sacándoles lustre a las piedras. Supongo que no lo hacía sólo para que se viera bien, sino con toda intención de que no metiéramos tierra al interior. Cuando me viene a la memoria mi casa, recuerdo el piso recién trapeado. A mí me gustaba mucho andar descalza, sentir esa frescura en la planta de los pies. Otro motivo de mi madre para mantener la limpieza de los pisos era evitar que se metieran los insectos del cerro, sobre todo en tiempo de calor, pues salían por todos lados alacranes, arañas, hormigas, ciempiés y hasta coralillos. De pilón, nosotros, en las noches sumamente calurosas de verano, preferíamos dormir en el suelo de la sala, donde corría un poco mejor el aire, que pasar noches de insomnio sudando entre las sábanas.

En el barrio era muy común quedarnos sin agua, y no sólo por horas, sino por días, e incluso hubo veranos en los que escaseaba durante semanas, al grado de tener que esperar que nos surtiera una pipa. Nosotros no teníamos un tambo y la recolectábamos en

botes, baldes y ollas. Mi madre nos enseñó que era importante, por el bienestar de todos, mantener la casa aseada en cualquier circunstancia y, aún sin decirlo, ella demostró que la pobreza o la escasez no tenían por qué ser sinónimo de suciedad. Hoy en día, como ama de casa, a veces me pregunto cómo diantres le hacía para preparar comida, limpiar cocina y lavar la ropa en esas circunstancias. Claro que cuando era niña esos “detalles” no me quitaban el sueño.

Otro de los gratos recuerdos que siempre tengo presente en mi memoria, es la cocina de mi madre. Ella, invariablemente, se levantaba muy temprano para hacernos el desayuno. Nos despertaban los aromas de la comida. Hacía avena, tortillas de harina, ponía frijoles, guisaba papas y huevos. Al mediodía, cuando regresábamos hambreados de la escuela o del trabajo, nos recibía con tortillas de maíz en el comal; nos encantaba ponerles mantequilla, y así, como iban saliendo, nos las íbamos comiendo. Mi madre nos decía, entre broma y en serio, que parecíamos revolucionarias. No recuerdo haber ido a comprar tortillas de niña, tampoco refresco, pues mi madre nos hacía aguas frescas, sobre todo de limón. Por las noches cenábamos frijolitos y tortillas de harina acompañados con bebidas de yerbabuena o laurel; rara vez había pan o leche. Hasta ahora que tengo mi familia hago conciencia de lo mucho que trabajó mi pobre madre en la cocina para alimentarnos bien a tantos con tan poco presupuesto. Sólo ella y Dios saben cómo hacía rendir los alimentos, al grado de que le alcanzaba para compartirlos, pues no faltaba quien tocara a nuestra puerta para pedir un taco, o alguna amiga que invitáramos a comer. En la actualidad, tengo un empleo fuera de mi hogar y, obviamente, las circunstancias no son las mismas, pero como enseñanza de lo que viví en la niñez, nunca desatiendo un aspecto tan importante como la alimentación de mi familia.

Cuando conoció a mi padre, mi madre trabajaba de auxiliar de enfermería en el IMSS de Ciudad Delicias, Chihuahua, y por

sus ideas machistas, él la sacó de laborar en una institución donde recibía un salario, aunque en realidad ella jamás dejó de trabajar. Aparte de todo lo que hacía como mamá y ama de casa sin sueldo, también ponía inyecciones, sueros y hacía una que otra curación a bajo costo. Los vecinos y vecinas le tenían confianza, acudían a nuestra casa o la mandaban llamar cuando el enfermo no podía salir. Gracias a mi madre, el barrio contaba con enfermera a domicilio y, por esa razón, se ganó el respeto de muchos. Este hecho no sólo nos benefició a nosotras, sino que también nos protegió, porque cuando ya estábamos jovencitas y pasábamos caminando cerca de alguna esquina de “cholos”, se escuchaba: “No les digan nada, son las hijas de doña Irene”. Mi madre trató de enseñarnos a poner inyecciones. Mis hermanas sí aprendieron, pero yo, honestamente, ni siquiera lo intenté. Hasta la fecha, no me gusta tener nada que ver con los enfermos, ni aunque sean mis propios hijos. Por eso admiro mucho el trabajo de enfermeras y enfermeros. Dios bendiga su vocación para que nos sigan cuidando.

Mi madre también era un estuche de monerías. Dice ella que la misma necesidad hace que las personas aprendan de todo. Yo creo que no es la necesidad, sino más bien la voluntad. Mi madre aprendió a coser, tomó clases en el DIF y en la Casa de la Asegurada. En un rincón del comedor, y años después en el último cuarto que construyó mi padre, estaba su máquina de coser. En un principio tenía una de pedal y, más adelante, con su propio trabajo se compró una eléctrica de medio uso. Recuerdo que ella siempre tenía algo que coser, ya fuera para la casa, para la familia o algún encargo ajeno; ésa era otra de las formas como mi madre también se ganaba un dinerito, el cual luego convertía en algún mueble. Casi todos los muebles los fue comprando ella, unos usados y otros nuevos, en abonos. No eran muy buenos, y el estilo era algo así como “chile con queso”, pero daban el uso que se requería. Cuando niñas, mi madre nos enseñó a coser, primero a mano, ropa para las muñecas, a zurcir nuestras calcetas y a poner

botones; luego, cuando ya no estábamos tan chiquillas, nos enseñó a usar su máquina. Tengo muy presente aquel día en que me cosí un dedo. Así fue, mi propio dedo. La máquina era eléctrica, yo pisé tan fuerte el pedal que la tela avanzó rápidamente, perdí el control y la aguja se quebró justo cuando me atravesó la uña con todo y dedo; así se me quedó atorada. Sucedió todo muy rápido y me dolió muchísimo, pero en ese momento no hallaba si llorar y pedir ayuda o mejor armarme de valor para sacarme la aguja. Creía que si mi madre se enteraba, después de un buen regaño no me volvería a prestar su máquina. Y a mí me gustaba coser. Opté por armarme de valor. Le di despacito de reversa, pero cuando empezó a salir el pedazo de aguja, pegué tremendo grito de dolor y solté el llanto tan fuerte que me fue imposible evitar que todo el mundo se enterara. Cuando mi madre por fin logró liberarme el dedo, éste me quedó adolorido y punzante por varios días. Aprendí a tener más cuidado; fue lo único bueno que saqué de esta experiencia, ya que mi madre nunca me prohibió agarrar su máquina. De hecho, siempre mostró entusiasmo cuando nos veía queriendo confeccionar alguna prenda. Le gustaba, y hasta la fecha le gusta, que le preguntemos cómo hacerlo. Generalmente ella elaboraba el patrón, luego nos ayudaba a cortar la tela, y nosotras íbamos armando las partes. Trató de enseñarnos a coser a todas, y todas hicimos el intento, pero, como era de esperarse, unas aprendieron mejor que otras. Yo, por ejemplo, nunca fui la mejor aprendiz, porque para eso se necesita paciencia y, hasta la fecha, eso es algo que no poseo. Soy muy desesperada. Lo que sí tengo es una máquina de coser en casa que me ha sacado de apuros, e incluso puedo presumir que me he dado el lujo de hacerle una que otra prenda de vestir a mi familia.

Volviendo a mi padre, a él le gustaban mucho los árboles. Sembró varios en el patio y, regularmente, él mismo los regaba, podaba y cuidaba. Recuerdo que teníamos una higuera muy grande que daba muchos frutos (y, por cierto, también mayates para jugar)

que, generalmente, compartíamos con los vecinos. Un verano, mi hermano aún pequeño necesitaba o quería comprar algo. A mi madre se le ocurrió que fuera a vender los higos y funcionó; así fue como él reunió el dinero que requería.

También teníamos dos árboles de duraznos que daban bastantes frutos, la verdad, un tanto chiquitos y desabridos, pero cuando mi madre los envasaba, ya en almíbar eran toda una delicia.

En un rincón estaba el granado, que no era muy grande, pero ¡cómo se cargaba de enormes granadas rojas! Esto me lleva a recordar a mi papá sentado en su mecedora, al lado de un manzano en el centro del patio. Ahí limpiaba las granadas mientras regaba, luego nos las ofrecía, y nosotros nos peleábamos por disfrutar los deliciosos granitos. Mi padre rara vez nos hacía cariños, y no tenía dinero para comprarnos regalos, pero sabíamos que cuando ponía esos dulces rubíes en nuestras manos, nos estaba demostrando el amor que nos tenía.

No cabe duda de que el trabajo es una actividad colmada de bondades, y poco tiene de cierto que enriquece los bolsillos. Lo digo con conocimiento de causa, porque a mis padres, que trabajaron durísimo toda la vida, jamás les sobró el dinero; sin embargo, sí pueden expresar con orgullo que salieron adelante, que les dieron estudio a sus cinco hijos y que les enseñaron con su ejemplo a ser hombres y mujeres de bien. Todos ejercemos nuestra profesión con dignidad y demostramos a nuestros padres el agradecimiento que sentimos fomentando sus enseñanzas también en nuestros hijos.

PENSIÓN ALIMENTICIA

Aquel que tiene un por qué para vivir se puede enfrentar a todos los “cómo”.

Friedrich Nietzsche

Es bien sabido que los problemas subyacentes que conlleva la crisis global no sólo impactan en la economía, sino que además tienen una repercusión en el ámbito social. Ejemplo de ello es la falta de empleo, que arrastra consigo la privación del servicio médico o, quizá, la presión laboral de quien desea conservar su trabajo y asume la necesidad de doblar turnos o llevar a cabo jornadas más pesadas. A mayor cansancio, menor tolerancia. Lo anterior, indudablemente incrementa el estrés intrafamiliar y trae consigo otras consecuencias, que pueden llegar a desencadenar divorcios; separaciones que desatan otras problemáticas importantes que trascienden a todos los terrenos.

Hace algunos años me encontraba en una reunión con un grupo de mujeres, y durante una charla informal en la que hablábamos, entre otras cosas, de la difícil situación económica que estábamos viviendo, salió el tema de la crisis por la que atravesábamos y de algunas de sus consecuencias, como el desempleo y la inestabilidad social. La plática se fue enfocando en los altos costos de los servicios y en las necesidades de los hijos: alimento, escuela, clases extraescolares, ropa y calzado. Comentábamos, a manera de broma, que los niños crecían a lo tonto y comían como si nos odiaran. De ahí surgió otra cuestión, pero con los mismos tintes: el asunto de la pensión alimenticia. No faltó quien dijera que aun

con el sueldo de dos personas en la familia, había quincenas que se veían presionadas con el pago de las cuentas, y nos preguntaban cómo afrontábamos esos gastos las mujeres que enfrentábamos la compleja realidad de estar solas.

A pesar de que no éramos muchas las ahí reunidas, yo no era la única divorciada con hijos cuyo padre no les pasaba la mencionada pensión. Ya entradas en la plática, intervino una licenciada en derecho que, casualmente, se encontraba ahí. Ella hizo un comentario que me llamó la atención: "La pensión a los hijos no es opcional, la ley es muy clara y establece que es una obligación de ambos padres. Las mujeres que se quedan con la patria potestad y no exigen la pensión, están negándoles a sus hijos el derecho a vivir mejor". Y continuó con un cuestionamiento: "Si no están recibiendo un peso del padre de sus hijos y están batallando, ¿por qué no exigen la pensión alimentaria a sus ex maridos?"

Una de nosotras se justificó diciendo que con tal de no volver a verlo, prefería no exigirle nada. Otra argumentó que no tenía tiempo, y que además, con lo que cobraban los abogados, luego salía más caro el caldo que las albóndigas. Yo comenté, en un tono un tanto indiferente: "Allá él y su conciencia"; además agregué que se había ido a vivir a Ciudad Juárez, aun sabiendo que ésa no era una justificación.

La licenciada nos refutó: "Creo que sus argumentos no son ni válidos ni suficientes; aunque ciertamente algo tiene que ver con la conciencia, pero no sólo con la de ellos, sino con la de ambos, porque aquí la cuestión no es si ustedes o ellos están de acuerdo en pedir u otorgar la pensión. Para empezar, no necesariamente tienen ustedes que volver a verlos, tampoco importa que vivan en otra ciudad, y aunque, efectivamente, si ocupas unas horas o das varias vueltas a los juzgados, casi puedo asegurar que, en la mayoría de los casos, vale la pena. Otra cosa: si se acercan a instituciones que apoyan los derechos de la mujer, pueden darles asesoría legal con un costo mínimo e, incluso, gratis".

Antes de concluir, nos hizo ver que la persona que tiene bajo su cuidado a los menores puede acudir ante un juez de lo familiar para exigir el pago de los alimentos, y que la justicia dispone de medidas para obligar que se efectúe el pago de la pensión, las cuales van desde una citación intimatoria, hasta la prisión. Y, por último, nos dejó unas palabras para reflexionar: "Piensen si están haciendo lo mejor, porque ninguna de ustedes señaló que sus hijos no la necesitaran".

Después de ese día, estuve dándole vueltas al asunto; sin embargo, por una cosa u otra, dejé pasar todavía varios meses para empezar a hacer algo al respecto (sin considerar los dos años que ya habían transcurrido después de la separación). Ya decidida, llamé al despacho de la licenciada, pero su secretaria me dijo que andaba fuera de la ciudad y no pude hablar con ella.

Al cabo de unos días recordé a un profesor y amigo, licenciado en derecho, y le solicité una cita. Inmediatamente me recibió en su oficina y, cuando le comenté el asunto que me ocupaba, me felicitó: "Me da gusto que hayas tomado esta buena decisión. Indudablemente que aun sin la pensión alimenticia puedes sacar a tus hijos adelante, tal como muchas mujeres lo hacen, y mis respetos para todas ellas, pero ahora los tiempos están cabrones. No es justo negarles ese derecho que les corresponde a los niños y, de paso, solapar la irresponsabilidad de tu ex marido. Si todas las mujeres que están solas y tienen hijos reconocidos por el padre hicieran valer este derecho, tendríamos una problemática menos, porque se reduciría el porcentaje de hijos concebidos irresponsablemente. Algunos hombres dejan hijos por todos lados, y como no se les exige, se van y se lavan las manos. Las mamás tienen que cooperar para eliminar de nuestra cultura el abandono paterno".

En realidad, nunca me había puesto a reflexionar sobre el trasfondo que conlleva el otorgamiento de la pensión alimenticia. Sí, reprobaba que mi ex marido se hiciera ojo de hormiga, pero yo realmente no hacía nada al respecto, y más que estar esperanzada

a su buena voluntad, confieso que me daba flojera hacer lo que tenía que hacer.

Sabemos que, por décadas, múltiples factores han orillado a la mujer mexicana a ser la cabeza y sustento de los hijos. Miles de madres solteras, viudas y divorciadas realizan día con día un gran esfuerzo por sacar a sus hijos adelante, y si bien es cierto que no es una situación nueva, el porcentaje en la actualidad ha ido en aumento.

A finales de 2001 me separé de mi marido, y a mediados de 2002 contribuí a acrecentar la cifra en las estadísticas de divorcios en el estado de Chihuahua. Asimismo, pasé a ser un número más entre las madres que se quedaban al cuidado y manutención de los hijos. Dos años después de la separación, inicié los trámites para llevar a cabo la demanda por pensión alimenticia para mis dos hijos aún menores, Rebecca y Alejandro. Honestamente, y con conocimiento de causa, les digo: fueron varios trámites, difíciles y lentos, pero si hubiera necesidad de volver a empezar, lo haría, porque, como dijo la licenciada, por supuesto que vale la pena.

Retrocediendo a 2001, mi entonces esposo estaba sin trabajo nuevamente, y si ya de por sí la relación matrimonial no iba viento en popa, esta situación acentuó el estado de inestabilidad económica y emocional en que nos encontrábamos. Francamente, no acepté su despido laboral con optimismo, pues la ocasión anterior, al quedarse sin trabajo, estuvo alrededor de dos años sin un ingreso seguro, para, finalmente, colocarse como ayudante en un negocio de comida. El mayor desánimo que me abrumaba se debía, principalmente, a que él se había titulado de su carrera diez años atrás y aún no lograba ejercer su profesión. La verdad, yo ya no tenía confianza en que esto pasaría algún día.

Como estaban las cosas en el matrimonio, y sumándole otras tantas que se acumularon, opté por tomar una drástica medida. Con asesoría legal se le impidió, temporalmente, entrar a nuestro domicilio, y no tuvo otra opción que buscar dónde quedarse. Al

cabo de unos meses decidió radicar en Ciudad Juárez. A mediados de 2002 firmamos el divorcio voluntario.

En una de las cláusulas de la disolución matrimonial, se estableció claramente que él aportaría treinta por ciento de su sueldo como pensión alimenticia para los dos menores, los cuales quedaron bajo mi custodia. Ambos estuvimos de acuerdo, así que lo esperado era que, al conseguir empleo, asumiera su obligación, pero no lo hizo. En un principio no estaba segura de si él ya tenía trabajo, ni siquiera sabía dónde o con quién estaba viviendo. Se puede decir que tuvo cuidado de no hacerlo del conocimiento público, e incluso su propia familia no tenía manera de localizarlo. Pasaron aproximadamente dos años sin que él volviera a Chihuahua, pero por un intermediario supimos que se encontraba bien y que tenía trabajo.

Después de aquella charla informal con la licenciada en derecho y de acudir con mi profesor y amigo abogado, me convencí de que debía gestionar la pensión alimenticia. Nos dimos a la faena de localizarlo, tarea titánica porque nadie nos daba información, la mayoría porque no sabía, y los que sí sabían, definitivamente no nos ayudarían.

Pasaron varios meses y no conseguíamos nada. Mi abogado no quería cobrarme ni un centavo y yo no podía ponerme exigente; sin embargo, teníamos la ventaja de que su hijo, también abogado, por suerte radicaba en Ciudad Juárez. El inconveniente era que él tenía mucho más trabajo y le quedaba poco tiempo para ocuparlo en mi caso. Gracias a su intervención localizamos el domicilio del padre de mis hijos, así como el de la empresa donde laboraba. Para esto, pasó más de un año sólo para obtener esa información y entablar la demanda.

Luego de dar algunas vueltas a los juzgados, unos meses más tarde, por fin un juez de lo familiar emitió la orden de descuento a la compañía donde trabajaba, para que se depositara lo correspondiente en una cuenta que abrí a nombre de Alejandro, el

menor de mis hijos. Creímos que por fin cantaríamos victoria, pero qué equivocados estábamos. El gusto nos duró sólo unos cuantos meses, pues el hombre dejó de trabajar para esa empresa; borrón y cuenta nueva. La única ventaja que teníamos es que ya nos sabíamos el caminito.

En 2006, a volver a empezar. Para esto, mi ex esposo ya había regresado varias veces a Chihuahua y tenía un poco más de contacto con sus hijos. Por cierto, no está por demás decir que Rebecca y Alejandro, durante los momentos que compartían con su padre, se veían felices y lo extrañaban cuando pasaban tiempo sin verlo.

El padre de mis hijos se cuidaba de no comentar acerca de su nuevo trabajo o domicilio con nadie que me lo pudiera decir. Yo lo vi varias veces, aunque ni la ocasión ni el lugar fueron propicios para hablar de dinero. De hecho, nunca hablamos de nada. En una de sus vueltas a esta ciudad, fue por los niños a la casa. Le advertí que, por su propia voluntad, les depositara a los niños lo que les correspondía, porque no estaba con los brazos cruzados. Pareció no importarle; al contrario, su actitud se tornó más desafiante.

En realidad, tal y como lo había dicho, yo no estaba con los brazos cruzados. Por sugerencia del abogado, habíamos puesto una doble demanda: una, en el juzgado de lo familiar, con mi profesor como abogado, donde se solicitaba a la nueva empresa retener y depositar en una cuenta el porcentaje correspondiente de la pensión alimentaria; y otra, vía penal, asesorada por una licenciada de la oficina de los Derechos para la Mujer, por concepto de incumplimiento injustificado de la obligación de suministrar la pensión a los hijos, el cual, según lo estipula la ley, atenta contra el derecho de los niños. Por este delito se le puede imponer una pena hasta de cinco años de prisión, además del pago de la reparación del daño por las cantidades no suministradas de forma oportuna por el acusado.

Por supuesto que al entablar dos demandas tuve que invertir más tiempo, dar más vueltas a ambos juzgados, hacer varios trámites,

algunos gastos, reunir cierta papelería, elaborar una carpeta con notas, recibos de pago, etc., en donde daba cuenta de los gastos que ocasionaba la manutención de los hijos; también tuve que llevar testigos y otras tantas cosas más. Como dije anteriormente, no era un solo trámite, ni sencillo, ni rápido. Sinceramente, algunas veces me desesperé y dudé de que valiera la pena; obviamente, sufrí un desgaste físico y emocional. Creo que aún existen muchos obstáculos burocráticos que retrasan el cumplimiento de la legislación. A la mejor uno quiere poner de su parte y hacer lo necesario para que sus hijos se beneficien con ese derecho, pero estoy segura de que habrá quien se quede a medio camino y deje las cosas por la paz. Yo de plano no desistí porque soy muy testaruda, pero ganas no me faltaron.

En este nuevo trajinar pasaron casi dos años. Creo que fue en los primeros meses de 2008 cuando me llamaron de la empresa donde trabajaba en Ciudad Juárez con el propósito de corroborar los datos de la cuenta bancaria y empezar a hacer los depósitos correspondientes, acto que se llevó a cabo inmediatamente.

Uno o dos meses después el fallo salió a nuestro favor de la demanda penal. Aquí hubo un malentendido por parte de mi ex marido. En junio le llegó un citatorio para que se presentara en el Tribunal de Justicia de la ciudad de Chihuahua. Él asumió que era por la demanda de pensión alimentaria y, como ya se la estaban descontando, hizo caso omiso del exhorto. Nunca pensó que fuera otra demanda, ni tampoco preguntó. En vista de haber faltado al requerimiento, el juez emitió una orden de aprehensión en su contra. La orden no fue inmediata y, en octubre, cuando el sistema de justicia tomó cartas en el asunto, él no sabía ni por qué lo habían detenido.

Ese día lo aprehendieron en Ciudad Juárez y lo trasladaron en una patrulla a esta ciudad capital. Cuando llegaron por él a su trabajo, me llamó por teléfono muy angustiado para exigir-me explicaciones. A mí también me sorprendió que los policías

llegaran a detenerlo. Yo tenía la idea de que nuevamente le iban a enviar un aviso o le exigirían que se presentara en el Tribunal de Justicia. Le expliqué acerca de la segunda demanda por incumplimiento injustificado. Él, primero enojado y luego angustiado, me exigía que hiciera algo para que no se lo llevaran. Luego me sugirió aumentar el porcentaje de pensión a los niños. Realmente lo escuché muy desesperado y, la verdad, en ese momento me sentí terriblemente culpable. Estaba dispuesta a retirar la demanda y hablé con la licenciada, pero ella me comentó que la orden de aprehensión no era por mi demanda, sino por mandato del juez, como consecuencia de no haberse presentado voluntariamente cuando se le citó. Agregó que no había nada por hacer, que lo mejor sería esperar a que llegaran con él para nos dieran audiencia. Le devolví la llamada y le expliqué lo dicho por la abogada, pero no me creyó. Insistía en convencerme para que hiciera algo y lo dejaran libre. Después de varias llamadas, por fin se dio cuenta de que no había vuelta atrás y me propuso nuevamente aumentar el porcentaje de pensión con el propósito de pagar la deuda por omisión y llegamos a ese acuerdo.

Hasta ese momento, a los hijos no los habíamos involucrado en estos menesteres, ni para bien ni para mal. A Rebecca, la mayor, que para esas fechas ya había cumplido sus quince años, yo sólo le había comentado acerca de las demandas como mera información, pero ese día su papá sí le habló muy enojado. Ella, casualmente, estaba en Ciudad Juárez en un torneo de voleibol, y al enterarse de que a su papá se lo llevaban detenido, me llamó muy angustiada y, por supuesto, me recriminó el hecho. Aunque yo también me sentía angustiada, ante ella no perdí la compostura. Me armé de valor y le expliqué tranquilamente que la detención era la orden de un juez, no mía. Argumenté que yo no poseía semejante autoridad y menos aún tenía la culpa de lo ocurrido, pues quien no asistió voluntariamente cuando se le citó, había sido su papá, así que nadie más que él tendría que asumir las consecuencias. La

verdad, no sé si se quedó conforme, pero por lo menos cesó su embestida contra mí.

La patrulla arribó tarde a la ciudad y la audiencia se programó para el día siguiente. Por supuesto, esa noche mi ex marido se tuvo que quedar detenido en el Cereso, viviendo, según me enteré después, una de las experiencias más denigrantes de su vida.

A las ocho de la mañana nos citaron en una de las salas del Supremo Tribunal de Justicia; mi abogada estaba presente y a él le asignaron una de oficio. El acuerdo seguía en pie respecto a cómo resarciría los daños por su incumplimiento, y después del respectivo protocolo, mi abogada expuso a la juez el convenio al que habíamos llegado. La juez emitió el veredicto de fallo a favor de mis hijos, considerando que ambas partes estábamos de acuerdo, no sin antes advertir a mi ex marido que no habría un segundo arreglo, y que en caso de volver a incurrir en el mismo delito, la sentencia sería hasta por cinco años de prisión. Exigió también que debería informar de inmediato al juez de lo familiar y al acreedor alimentista cualquier cambio de empleo, la denominación o razón social de su nueva fuente de trabajo, la ubicación de ésta y el puesto o cargo que desempeñará, a efecto de que continúe cumpliendo con la pensión alimenticia decretada y no incurrir en alguna irresponsabilidad.

La audiencia se llevó a cabo sin ningún contratiempo, y en menos de una hora ya estábamos firmando los acuerdos. Por supuesto que mi ex marido estaba y sigue estando furioso conmigo, pero ya pasado el trago amargo, creo que de todas formas, por alguna cosa u otra, o con cualquier pretexto, él seguirá enojado.

Por otro lado, después de la advertencia de la juez, el padre de mis hijos no ha faltado a su responsabilidad, y al cambiar de empleo, me lo notificó a través de Rebecca. No me dirige la palabra, pero ya no tiene ninguna razón para hacerse el disimulado con sus hijos, los procura, les habla, convive con ellos, los disfruta,

y ellos lo necesitan, lo quieren, empiezan a compartirle sus logros, sus alegrías y sus tristezas. Ésa ha sido la mejor ganancia.

Ahora entiendo que ser mamá en solitario no significa ser una superheroína. Claro que es admirable asumir las nuevas responsabilidades con entereza, pero, del mismo modo, está bien ser consciente de nuestras limitaciones. Por los hijos se vale tragarse el orgullo de “no necesitamos nada de ti” y aceptar que a los niños sí les hace falta su padre. Aun divorciados, es importante continuar con el lazo afectivo tanto de la madre como del padre para con los hijos, esto previene el abandono y el desarraigo paterno, así como otras consecuencias que se suman a la crisis social de una familia desintegrada.

REDUCIR, REUTILIZAR Y RECICLAR

La empatía y la capacidad de adaptación definen quiénes entran y quiénes se quedan en el juego. Asimismo, no sobreviven las especies más fuertes ni las más inteligentes, sino las que mejor logran adaptarse.

Charles Darwin

Según algunos medios informativos, en 1970 aparecieron por primera vez las tres erres (RRR) ecológicas, representadas en un logo para simbolizar el reciclaje. Antes de esa fecha ya se conocían; sin embargo, no fue sino hasta dos décadas después cuando se dio la verdadera difusión de su enseñanza y cobró auge mundial. En la actualidad se pretende crear en cada uno de los individuos de todos los rincones de la tierra una conciencia ecológica para que las prácticas que estas erres promueven sean parte fundamental de nuestra vida. Aunado a lo anterior, y como un beneficio adyacente, el ahorro que se genera al reutilizar, reducir y reciclar, indudablemente impacta en la economía, lo que también convierte a estas RRR en una estrategia más para enfrentar la crisis global económica y social.

Quizá por las décadas de 1970 y 1980, las tres erres aún eran desconocidas para muchos; sin embargo, en casa de mis padres todos las llevábamos a la práctica en el quehacer cotidiano, y no precisamente por fomentar una conciencia ecológica, sino para optimizar los pocos recursos con los que contábamos; además... porque no teníamos otra opción.

En la familia éramos cinco hijos, cuatro mujeres y un hombre, una cantidad regular, si se considera que en ese entonces había hogares hasta de diez o doce integrantes. Tres de nosotras nacimos una tras otra con dos años de diferencia. Esto tenía ciertas ventajas para mis padres, pero también algunas desventajas para nosotras. De niñas nos pasábamos la ropa. "Ya no te queda, pues a la que sigue", y así sucesivamente, reutilizar, reutilizar y reutilizar, aunque no quisiéramos.

De señoritas, cuando las tres estábamos más o menos del mismo tamaño, algunas veces nos prestábamos la ropa y, en otras (la mayoría, por cierto) nos la peleábamos, así que, nos gustara o no, la compartíamos. Teníamos la suerte, quizá buena o tal vez mala, de que mi madre cosía, y prendas que ya no nos quedaban o no nos gustaban, "a reciclarlas". Los pantalones los volvía shorts, los vestidos los convertía en falda y blusa, cortaba aquí, añadía acá, y ya modificado el atuendo, ahí van de nuevo a seguirle dando uso. Incluso algunos pantalones de mezclilla terminaban como mochila o bolsa para lápices. Reducíamos también, voluntariamente a fuerzas, la posesión del calzado.

En el barrio en el que crecí era muy común que suspendieran el suministro de agua. Recuerdo que no muy retirado de donde vivíamos, quizá a cuatro o cinco cuadras de la casa, había una llave junto a la banqueta a la que, hasta hoy, no me explico por qué razón casi nunca se le acaba el vital líquido. La mayoría de las veces, aunque no hubiera gota en todo el barrio, de ahí seguía brotando el agua, aunque fuera en un chorrito. La vecina, propietaria de la llave, haciendo un bien a su comunidad, permitía a quien lo necesitara que se abasteciera. Nosotros tratábamos de tener la suficiente en casa, pero cuando se nos acababan las reservas, no nos quedaba otra opción que acudir a la mágica llave. La verdad, creo que a nadie nos gustaba ir, pero hablando particularmente por mí, no me agradaba en lo más mínimo, pues había que hacer fila y cargar la cubeta a casa. Por eso procurábamos no desperdiciarla,

reducíamos el consumo y la reutilizábamos en todo lo que podíamos.

Respecto al consumo de energía eléctrica, también estábamos restringidos. Mi padre siempre andaba cuidando que no estuvieran conectados aparatos eléctricos que no se usaban, y nos regañaba si dejábamos luces prendidas. Todavía puedo escuchar sus palabras: “¿Qué pasó con esa luz? ¿Quién dejó el foco prendido? ¡Apaguen ese televisor si nadie lo está viendo! ¡No dejen conectada la pinza del cabello! ¡No dejen el refrigerador abierto!”, palabras más, palabras menos, ésa era su diaria prédica.

Los aprendizajes que dejaron en mi vida cada una de estas experiencias han ido adquiriendo un valor incalculable a través de los años, enseñanzas que no pretendo se queden sólo en mí, pues procuro en el presente inculcarlas en mis hijos. Hoy en día la situación de mi familia no es tan precaria económicamente como la que viví en casa de mis padres, pero aun así, tenemos una significativa y trascendental razón para, de igual manera, no admitir el desperdicio ni impulsar el consumismo indiscriminado, y es que el planeta está manifestando los estragos que ha causado nuestro abuso, inconsciencia e irresponsabilidad; él también ha entrado en crisis.

Antes, cuando era niña, para economizar, reciclábamos, reducíamos y reutilizábamos y, por consecuencia, cuidábamos al planeta. Ahora, por preservar nuestro mundo, en casa reciclamos, reducimos y reutilizamos, y, en efecto, gracias a este ahorro disminuyen nuestros gastos, hecho innegable que, por derivación, confluye positivamente en la economía familiar.

FORMACIÓN Y DISCIPLINA

El único modo de hacer un gran trabajo es amar lo que haces. Si no lo has encontrado todavía, sigue buscando. No te acomodes. Como con todo lo que es propio del corazón, lo sabrás cuando lo encuentres.

Steve Jobs

Desde que tengo uso de razón, jamás he dormido en el día, salvo en casos excepcionales, como estar enferma, y jamás vi a mis padres acostados durante las horas diurnas, al contrario, trataban de aprovechar cada minuto de luz solar para llevar a cabo el sinfín de actividades que tenían que hacer. Así crecí y así seguí. En mi niñez, ver televisión no era muy atractivo, seguramente porque teníamos un aparato en blanco y negro con la imagen poco nítida. Por eso, yo prefería aprovechar el tiempo jugando con las vecinitas. Claro que no me dejaban salir si no cumplía primero con las obligaciones escolares. Mi madre procuraba mantenernos siempre ocupadas a mis hermanas y a mí. De chiquillas nos llevó a clases de danza folclórica en el DIF de San Rafael; tiempo después nos inscribió a las tres en clase de gimnasia artística en el Deportivo del Seguro Social. Mary y Rosario se inclinaron luego por otros deportes, pero yo me enamoré de la gimnasia, a todas horas quería estar parada de manos o echándome maromas. Cinco años completos, con todo y sus fríos inviernos, practiqué la gimnasia. Por supuesto que nunca fui una Nadia Comaneci ni muchísimo menos, pero no niego que aprendí muchas técnicas que luego me sirvieron cuando conseguí mi primer empleo en la YMCA, a los quince años, como instructora de gimnasia artística.

Recuerdo que la clase era cansada; sin embargo, esas dos horas para mí eran las mejores del día, y no porque fuera muy hábil, al contrario, batallaba bastante para sacar un ejercicio y, ciertamente, muchas veces me desesperé, sufrí, me caí, me torcí y me di innumerables golpes, pero lo lograba. Ese mentado arco con patada, de verdad, cómo me dio trabajo, además de muchos dolores de cabeza, de brazos, de espalda, de... todo, y luego, cuando me salió, a seguirlo practicando para hacerlo cada vez mejor, y a empezar con otro ejercicio de mayor dificultad. En gimnasia, mis pasos para atrás fueron única y exclusivamente para agarrar vuelito, literalmente.

Tengo la firme convicción de que todo cuanto se aprende, tarde o temprano, directa o indirectamente, llega el día en que se pone en práctica, cualquier actividad positiva repercute también positivamente en la vida. El deporte, el arte y las clases extraescolares son parte fundamental de un desarrollo integral, ayudan a formar el carácter, mejoran la actitud y catapultan al individuo para alcanzar sus metas. Actualmente, como madre y profesora, en algunas reuniones escolares he escuchado comentarios de padres de familia que no dejan que sus hijos participen en otras diligencias, con el argumento de que les resta tiempo para sus estudios. Desde mi particular punto de vista, creo que con ello se les niega un sinfín de posibilidades de salir adelante.

Mis hijos, desde muy temprana edad, han estado inscritos en diversos cursos extraescolares; ambos empezaron con la natación cuando eran aún muy pequeños. Recuerdo perfectamente cómo disfrutaban del agua. Alex todavía no cumplía ni el medio año cuando ya se zambullía gustosamente en la alberca. Rebe incursionó en la gimnasia artística y el jazz, estuvo unos meses practicando el tenis, pero su fuerte hasta la fecha ha sido el voleibol. Alex jugó su primera y última temporada de beisbol a la edad de seis años; recuerdo lo guapo que se veía portando su uniforme de los Cardenales y arrastrando un bate casi más pesado que él.

Se despidió del rey de los deportes y siguió con el karate Shoto kan, asistiendo al dojo del Instituto Chihuahuense del Deporte y la Cultura Física (ICHDF) por aproximadamente seis años. Casi un año después de obtener su cinta negra, decidió dejarlo para dedicar más tiempo al basquetbol, deporte que inició intercalándolo con el karate y que finalmente ganó su total atención. Actualmente pone en el basquetbol un gran empeño, pero además toma clases de inglés y de música (teclado y bajo). En la escuela, tanto Rebecca como Alex han sido muy participativos: escolta, coro, ajedrez, atletismo, danza folclórica y todo aquello que los saque del salón. Yo les digo que lo que no quieren es estar en clase. Afortunadamente no es cierto, ellos son también excelentes estudiantes.

Definitivamente, la formación y la disciplina implican compromiso y responsabilidad, de hijos y de padres; desarrollar competencias no es nada fácil ni tampoco barato. Las clases cuestan, los uniformes, arbitrajes, instrumentos, accesorios, las salidas fuera de la ciudad, inscripciones a torneos, etc., todo cuesta, y no sólo hablo de la inversión económica, también me refiero al tiempo, a la considerable dedicación y el enorme esfuerzo, pero estoy más que convencida, esa inversión también se disfruta.

ESTUDIOS

En esta vida hay que morir varias veces para después renacer. Y las crisis, aunque atemorizan, nos sirven para cancelar una época e inaugurar otra.

Eugenio Trias

¡Ni loca que estuviera! No voy a entrar a la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), no pienso volver a estudiar otra vez la licenciatura por ningún motivo. Ésta era mi forma de pensar y las palabras que expresaba cuando me enteraba de que alguna de mis ex compañeras de la Normal ingresaba a la UPN. Hubo quien me sugirió que nos inscribiéramos, con el argumento de que, además de seguirnos preparando, nos beneficiaríamos con un mejor salario, pero yo estaba renuente. Éramos la primera generación de licenciados y licenciadas egresados de la Escuela Normal del Estado Profesor Luis Urías Belderráin, los cuales, por el incremento del bachillerato pedagógico, estuvimos siete años en la misma escuela ¡siete años! Quizá por eso, y por otras razones, no estaba dispuesta a cursar otros cuatro años para hacer nuevamente la Licenciatura en Educación, y aun cuando el gobierno no reconociera salarialmente nuestra licenciatura a la par de la de la UPN, oficialmente yo era licenciada.

Egresamos en 1991 e, increíblemente, para mediados de 1993, algunas de mis amigas ya estaban aventajadas en sus estudios en la UPN, y yo sostenía que estaban locas, que eso era una tontería.

Cuando me casé, mi matrimonio, al igual que la mayoría de jóvenes matrimonios, pasaba por apuros económicos, pero ¿quién

no batalla cuando inicia su matrimonio? Sin embargo, al tomar verdadera conciencia de la diferencia de sueldo y aguinaldo que percibían las tituladas de una licenciatura o de otra, no me quedó más remedio que doblar las manitas, dejar a un lado mi querido orgullo e inscribirme en la UPN.

El proceso administrativo fue realmente sencillo comparado con la lucha psicológica que enfrenté; sin embargo, ya comprometida conmigo misma, no hubo vuelta atrás. El siguiente paso, durante los cuatro años sucesivos, fue leer, leer, leer y seguir leyendo; quienes han estudiado en la UPN saben a lo que me refiero.

Las lecturas fueron innumerables, a tal grado que jamás he vuelto a leer tanto en mi vida de manera obligatoria. Hicimos también numerosos ensayos, actividades y tareas derivadas de esas lecturas, además de diseñar múltiples proyectos para poner en práctica con los alumnos en el jardín de niños. No niego que aprendí mucho, pues constantemente hacíamos ejercicios de confrontar la práctica con la teoría e, indudablemente, reacomodé mis estructuras mentales a favor de la docencia. Durante los siguientes cuatro años no hubo más tardes del todo libres y se me doblaron las responsabilidades de cada día. Trabajaba durante la mañana en el jardín de niños, en las tardes me ocupaba de la casa y de mi pequeña Rebecca de apenas diez meses de edad y, por las noches, estudiaba de lunes a jueves, porque los viernes asistía a la escuela de tres de la tarde a nueve de la noche. A muchas personas tengo que reconocerles el apoyo que me brindaron al encargarse de mi Rebe mientras yo estaba en clases.

Terminé en julio de 1998, y en septiembre de ese mismo año presenté mi examen profesional para titulación. Es cierto, sacrifiqué horas de sueño, tardes de viernes, días de descanso y un poco más de cuatro años para alcanzar el beneficio de un mayor ingreso, pero así como todo lo que se hace con esfuerzo, realmente lo valió. Hoy tengo un mejor salario que disfrutaré con mi familia para el resto de mi vida.

Al concluir la UPN me sentía tan cansada que aseguré no volver a estudiar en otra escuela por ningún motivo, pero nuevamente hablé de más, porque cinco años después ya estaba inscrita en la Normal Superior. Seis años más tarde, en 2009, culminé la Licenciatura en Educación Secundaria con especialidad en español, y como no quedé curada de espanto, ese mismo año inicié estudios de posgrado en la modalidad virtual del Tecnológico de Monterrey, maestría que aún no concluyo.

OPORTUNIDAD

Las oportunidades no se buscan, se aprovechan.

Víctor Carlos Gabriel

Intento controlarme, pero traigo un enorme nudo en la garganta y los ojos anegados a punto de estallar. Llevo conmigo sólo una pequeña maleta, así que entrego el boleto al chofer e inmediatamente abordo el autobús. Subo despacio los escasos cuatro escalones, siento cómo mi respiración se agita, se corta; necesito detenerme a tomar aire. Vuelvo la cabeza hacia atrás y tengo un enorme deseo de bajar y regresar; pero... ¿para qué? Resignada, inhalo y exhalo, cierro los ojos y suspiro profundamente. Mis pies sienten autonomía y empiezan a caminar solos. Localizo mi número de asiento y me apresuro a ocuparlo. Saco un libro e intento leer, pero sin querer me distraigo viendo por la ventana a la gente en movimiento. Transcurren escasos cinco minutos, comienzo a impacientarme y, ahora, ya me quiero ir de forma desesperada. Seguramente el regreso se me va a hacer eterno; diez horas en estas condiciones anímicas son demasiadas.

Recargo la cabeza sobre el cristal de la ventana, siento el movimiento del autobús cuando inicia su marcha y miro por la ventana cómo se aleja del aparcamiento. Ahora sí no logro contenerme y suelto el llanto. Mis lágrimas brotan sin intermitencia y bajan como ríos surcando mis mejillas. Pienso en ella, en mi pequeña, recuerdo escenas de su infancia, veo su hermosa carita, la escucho cantar, estoy completamente nostálgica; luego, la pienso a sus

diecisiete años, me siento tristemente feliz o felizmente triste, no sé, pero no dejo de llorar.

Sobre las calles adyacentes a la Central de autobuses de Monterrey había un gran congestionamiento vehicular y como sólo pudimos detenernos en doble fila, la despedida tuvo que ser inesperadamente rápida dentro de la camioneta. Vi cómo sus ojitos se llenaron de lágrimas cuando, después de un fuerte abrazo, le besé la mejilla y la persigné. Me dio la bendición y bajé a toda prisa. “Te amo, cuídate mucho”, le grité y vi con lágrimas en los ojos cómo se alejaba la camioneta de mi hermana con mi niña en el asiento trasero diciéndome adiós. Mi niña..., sí mi niña, diecisiete años de edad son muy pocos.

Aunque ya ha transcurrido poco más de un año desde que me separé de ella por primera vez, se me sigue partiendo el corazón cada vez que nos despedimos; no obstante, aunado a este sentimiento de nostalgia y angustia, también me siento plenamente orgullosa de mi niña, y no sólo porque todo su esfuerzo ha empezado a dar frutos, sino por ser tan intrépida, por haberse atrevido a elegir un camino nada fácil con ese entusiasmo y compromiso que la caracterizan.

Pensar que Rebecca, unos cuantos meses atrás —antes de ingresar, en agosto del año pasado, al Tecnológico de Monterrey, campus Monterrey—, ni siquiera tenía idea de qué carrera elegir, ni en qué escuela iba a realizar sus estudios profesionales y, de repente, las cosas se fueron dando. No por casualidad o suerte. Rebecca siempre se destacó por ser una buena estudiante y una deportista dedicada, pero no fue sino hasta los años de bachillerato cuando despuntó en su disciplina, el voleibol, y los ojos de los entrenadores empezaron a fijarse en ella. El primero que se acercó fue el entrenador del equipo de voleibol de la Universidad Regional del Norte (URN) para ofrecerle una beca bastante tentadora, pero las carreras que tienen, no le atraían a ella; luego nos contactó el encargado de equipos representativos del Tecnológico

de Monterrey, campus Chihuahua. Nos acercamos a la institución, escuchamos sus propuestas y empezamos a llenar requisitos tanto administrativos como de admisión académica. En ese ínter, se presentaron dos problemas: uno, que la beca no fue suficiente, o más bien dicho, el presupuesto familiar no era el suficiente para aceptar la beca, y dos, tampoco había una carrera que fuera de su total agrado. En eso andábamos, cuando la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH) también la llamó. Ésa era la mejor opción, la beca era muy buena, la carrera de Ingeniería en Ecología de la facultad de Zootecnia le entusiasmaba mucho y, al presentar el examen de admisión, quedó en el tercer lugar. Seguramente a estas alturas ya estaría por comenzar ahí su tercer semestre; sin embargo, antes de dar el SÍ ACEPTO, hubo otras dos propuestas que le movieron el tapete. Lo malo era que ambas la llevaban fuera del estado de Chihuahua, una a México y otra a Monterrey. Lo bueno era que las becas, bastante generosas, eran dignas de considerarse. Lo mejor: ambas propuestas eran del prestigioso Tecnológico de Monterrey, y lo mucho mejor: las dos impartían la carrera de Ingeniería en Desarrollo Sustentable, carrera que cumplía las expectativas que Rebecca tenía para elegirla como su profesión. Pusimos las cartas sobre la mesa, platicamos mucho de los pros y los contras. Yo, desde un principio, le dejé claro que la única que podía saber qué era lo que realmente quería, era ella. Era su vida y sería su compromiso. Además, le expuse que se valía equivocarse, pero lo que no se valía era desertar sin haberse enlistado. Ella sabía que contaba con todo mi apoyo y si estaba dentro de mis posibilidades, adelante. Por varias y muy buenas razones, la balanza se inclinó del lado de Monterrey. Una de ellas fue que mi hermana Mary y su esposo viven en la misma ciudad, y aunque Rebecca se quedaría en residencias del Tecnológico, ellos estarían al pendiente y yo, más tranquila.

Es cierto que muchas instituciones educativas ofrecen muy buenas becas a los estudiantes destacados en alguna disciplina,

pero creo que siempre tendrán más y mejores propuestas quienes no olvidan que también es importante conservar buenos promedios. Rebe se ganó su beca, no fue una rifa, fue por su esfuerzo. Ella sabe que esta oportunidad depende casi al ciento por ciento de sí misma, ojalá siga con esa energía, valore su sacrificio y lo aproveche al máximo.

En nuestro mundo actual, la competitividad en todos los ámbitos y niveles forma parte (como causa y consecuencia) de la globalización. Por esta razón, invertir en la educación y preparación de los hijos es una de las mejores formas de emplear los muchos o pocos recursos que tenemos. Todos los aprendizajes son instrumentos para hacer frente a esa competitividad. Al contar con un mayor número de herramientas, se tendrá también mayores probabilidades de lograr las metas propuestas. El éxito profesional o laboral no lo garantiza sólo la excelencia académica ni el tener habilidades destacadas en una disciplina, sino todo en su conjunto, sumándole, además, un plus individual que incline la balanza a nuestro favor.

Quien me conoce sabe que no me caracterizo por ser una persona muy sentimental que digamos; sin embargo, desde que Rebecca no está en casa, por cualquier detalle que la evoque estoy al borde del llanto. Sé perfectamente que está bien (claro, con todos los asegunes que implica estar sin mamá) y que estamos haciendo lo correcto, pero me falta un pedazo de mi ser. La extraño mucho, extraño su risa, sus pláticas, su desgarbada postura, sus ocurrencias, su voraz apetito, sus pelmas para hacer las cosas, sus apuros cuando es algo que a ella le importa; extraño verla estudiando en su escritorio, o haciendo tarea frente a la computadora, extraño verla hipnotizada con el televisor o extasiada con un libro hasta altas horas de la noche, extraño sus inverosímiles preguntas de todo lo que se le ocurre, extraño sus partidos de voleibol, verla jugar e ir a echarle porras, las correteadas que me daba para llevarla a entrenar, los extenuantes torneos de fin de semana, extraño incluso

hasta su recurrente “vooooooy” y regañarla porque no se mueve. Claro que aún tengo mi otro pedazo, mi querido Alex, que también tiene todo lo particular y maravillosamente suyo, pero no puedo negar que me hace mucha falta mi “flaquita”.

RESILIENCIA

La primera tarea de la educación es agitar la vida, pero luego hay que dejarla libre para que se desarrolle.

María Montessori

Me impresiona vivir en el tiempo de la globalización. Y no porque sea retrógrada, sino porque estoy consciente de que existe “un mundo”, vaya la ironía, un mundo de miles de posibilidades en las que el individuo deja de serlo para ser parte de un todo, un todo que se conecta (literalmente) a ese proceso económico, tecnológico, social y cultural a gran escala, y que unifica su mercado a través de transformaciones, sociales, económicas y políticas, en una constante dinámica de relaciones internacionales.

No tengo muchos años de edad, pero los cambios en las últimas décadas han sido vertiginosos, de tal forma que hay tantas innovaciones por todos lados que, aún experimentando una metamorfosis completa, difícilmente lograría evolucionar. En conclusión, basándome en la tesis darwiniana, a estas alturas de mi vida ya paso a ser una especie en peligro de extinción. El detalle es que tengo descendientes: una jovencita que estrena su mayoría de edad y un adolescente de trece años, y yo, como madre, tengo la responsabilidad de encaminarlos y animarlos a ser partícipes de su propio desarrollo, de que logren competencias, se adapten y sobrevivan en esta globalización; aunque supongo que ellos, con sus propios medios, seguramente ya van muy adelantados en la apropiación de esta emprendedora tarea de comprender mejor a éste su portentoso y complicado mundo global.

Creo que, en cierta forma, gracias a las diversas situaciones adversas y a las múltiples experiencias vividas durante mi infancia y juventud, en su momento desarrollé competencias y logré adaptarme a las diferentes circunstancias que se me presentaron. Claro que he cometido muchos errores (y los que me faltan), me he tropezado, caído, raspado y, afortunadamente también, me he vuelto a levantar. Nada me gustaría más que mis hijos también se formaran con sus propias experiencias, que no se quedaran como simples espectadores de su realidad. La vida es maravillosa como para quedarse viéndola por la ventana, aunque esa ventana sea de plasma o LED, de ochenta pulgadas en formato HD o 3D, con todos los accesorios tecnológicos de vanguardia, o para vivirla de manera virtual, como lo hacen miles de adolescentes y jóvenes en nuestros días.

Hace ya algunos años, quizás unos ocho más o menos, estaba leyendo un artículo sobre la capacidad de resiliencia. Cuando leí el título, en un principio pensé que estaba mal escrita la palabra resistencia; sin embargo, conforme me fui adentrando en el contenido, descubrí la diferencia entre uno y otro término. Me interesó tanto, que me di a la tarea de buscar más información en otras fuentes acerca de ésta, la extraordinaria y para mí nueva capacidad que acababa de descubrir.

Encontré varios documentos, algunos cortos de sencilla comprensión, así como otros extensos y profundos, pero todos en verdad muy interesantes. A continuación transcribo sólo una de las muchas conceptualizaciones que encontré. Según Oscar Chapital C. (2011), resiliencia es “la capacidad que tiene un individuo de generar factores biológicos, psicológicos y sociales para resistir, adaptarse y fortalecerse ante un medio de riesgo, generando éxito individual, social y moral”. Esto quiere decir que aquellas personas que tienen la fortuna de poseer esta capacidad, serán menos vulnerables a cuantas adversidades atraviesen. Claro que no me gustaría que mis hijos vivieran infortunios, fracasos, tristezas o

problemas; sin embargo, éstos son parte esencial de la vida, y la mayoría de las veces, imposibles de evitar; pero si ellos logran desarrollar esta maravillosa capacidad de resiliencia, tendrán siempre herramientas para levantarse, sacudirse y seguir adelante, aun cuando también estén atravesando por una crisis, ya sea ésta personal o global, económica y social.

Mujer, hija, esposa, madre: si reconociste tu historia en este escrito, no te sorprendas, sencillamente es... porque pusiste la mirada en el espejo.